

¿QUÉ OCURRE EN LA IGLESIA?

La proliferación de encuestas y entrevistas sobre la situación de la Iglesia constituye el síntoma más claro de que algo ocurre en ella. No se hacen encuestas sobre la normalidad pura. Así, durante el pasado año habrán llegado al lector ejemplos como el M. Droun en Le Monde (7 de agosto) o la entrevista de Amando de Miguel en Hechos y Dichos (diciembre). Por no mencionar la lista ya larga de libros anteriores, diversos en valor y actitud (de J. Maritain, U. von Balthasar, L. Bouyer, D. von Hildebrand, J. Gomis...).

Wort und Wahrheit, 27 (1972) 183-185; 197-198; 204-205
Lumière et Vie, 18 (1969) 26-29; 47-49; 53-57

Johannes Neumann

1) En los días de Juan XXIII pareció que las lenguas de fuego de Pentecostés se posaban de nuevo sobre la Iglesia. Ocurrieron cosas imprevistas: se constataron diferentes escuelas teológicas, discusiones entre obispos y críticas hechas abiertamente, hasta por cardenales, a la institución eclesiástica. Todo ello coincidió con los días de Kennedy y Kruschef cuando parecía que la Iglesia se alineaba con la humanidad en busca de la *nueva frontera* de justicia y fraternidad. Muchos confiaron en aquella Iglesia y muchos la añoran ahora.

Pero hubo quien dijo que harían falta decenios para reparar el mal ocasionado por el Concilio. Esto indica que se estaba a la obra para volverlo ineficaz. Yo señalaría noviembre de 1964, con la constitución sobre la Iglesia y la famosa *nota explicativa* al Cáp. 3º, como el momento del frenazo.

Y todos los que entonces esperaron jubilosos deberían preguntarse también cuánta culpa tienen en el fracaso de las esperanzas, por su irrealismo y su precipitación. El hecho es que no sólo llegaron discusiones, sino que han llegado también el desengaño y la resignación. Y el desinterés, en vez del revivir de la vida religiosa.

La crisis de fe de hoy implica una crisis de confianza y de dirección: el desconcierto crece. Los jerarcas, sobre todo en Roma, no perciben los signos de los tiempos y no saben interpretarlos. Los teólogos se retiran: unas veces porque han visto que teoría y práctica son dos cosas muy distintas; y otras, porque ven que su trabajo se mide recelosamente con la vara del canon y la norma.

Lo que se ha hecho oficialmente en el campo de la disciplina eclesiástica es ejemplo de una restauración que no da respuesta a los problemas de hoy, intentos de resucitar una situación que no era buena ni ideal aunque para algunos fuera tranquilizadora. La mayoría de edad de los fieles y la colegialidad se han convertido en palabras vacías. En casi todos los decretos y directrices emanados de Roma desde 1965 se echa de menos el empeño por pensar aquello nuevo desde la fe: adolecen de papalismo y de desconfianza contra las iglesias particulares, contra la teología y la corresponsabilidad de los fieles. Y por último el Sínodo del 71 que no sólo quedó sin aportar respuestas, sino incluso sin llamar la atención. Da la impresión de que la Iglesia está tan ocupada consigo misma y con su aparato que no le queda tiempo para cumplir con la meta de su existencia: ser

signo del Resucitado en este tiempo. Apelaciones a la paz y a la justicia pertenecen hoy a la fraseología política de todos los colores, a la cual apenas se presta ya atención. Si algo oprime hoy a los cristianos es el hecho de que la Iglesia nunca había aparecido tan superflua como ahora.

2) Antes de precisar qué es lo que puede pasar, será bueno precisar qué es lo que no ha pasado. No se ha producido el "milagro" de una fácil reforma de la Iglesia que nos evitase el trabajo. El Dios de Abraham y Señor de la historia no ha intervenido con mano poderosa en el destino de la Iglesia, para ahorrar a unos el esfuerzo y a otros el escándalo o la dificultad de la fe. Puede ser consolador pensar que Dios se ha mostrado más fiel a sí mismo de lo que se imaginaban muchos que le veían ya como un perfecto reformador automático. Pues incluso en nuestros tiempos mecanizados, Dios sigue obrando por medio de los hombres, en la oscuridad y la fidelidad paciente.

¿Qué puede pasar? En primer lugar, hemos de recuperar la libertad para la misión cristiana, en vez de entretenernos con problemas internos que a nadie interesan porque a nadie ayudan. No es lícito cesar de dar testimonio de Jesús. Y ese testimonio hemos de exigirlo también a los representantes oficiales de la Iglesia.

En segundo lugar, ni nos han de asustar los inquisidores ni nos han de irritar los utopistas teológico-socialistas. Dios no es un Dios de muertos y por eso no lo encontraremos volviendo al pasado. Los peligros de disolución no son mayores hoy que los de congelamiento. Y para no desanimarse ante ellos hace falta fe.

En tercer lugar, hemos de convencernos interiormente de lo que repetimos tantas veces: que la fe de siempre es capaz de formas nuevas. Entonces veremos que nuestra tarea es precisamente la de dar realidad a esas formas. Ser cristiano no es una especie de seguro espiritual, sino un cuestionamiento que nunca acaba y que, sin embargo, merece gratitud.

Finalmente permítasele decir al canonista que es preciso dar a la Iglesia una ordenación que responda a la libertad, a la justicia y a la veracidad cristianas. Para ello habríamos de atrevernos a comenzar esa ordenación "desde abajo", aunque desde arriba se ha hecho el proyecto contrario: una grotesca "Ley Fundamental". Pero los impulsos hacia la libertad han venido siempre desde abajo; a veces incluso "desde fuera". Todo lenguaje sobre justicia y libertad resulta vacío si la Iglesia no lo realiza primero *en sí misma*, por medio de una ordenación en la que los conflictos puedan ser resueltos, si no en el espíritu de las bienaventuranzas, al menos en espíritu de justicia y honradez. No tiene sentido quejarse; actuar es lo que importa.

El momento actual confirma lo que la historia de la Iglesia ha enseñado siempre: que el Espíritu Santo suele actuar *de incógnito*. Confianza en lo que no se ve... Pensemos que la frase sobre la Iglesia *semper reformanda* es a la vez un aviso de que no existe la Iglesia ideal. ¿Por qué precisamente a nosotros con nuestra pequeñez y nuestra falta de originalidad teológica, nos iba a salir una reforma de la Iglesia de golpe? Seamos, como decía R. Egenter, "realistas de la Cruz" y ello nos librará de ulteriores frustraciones.

Joseph Ratzinger

1) Cuando se busca un común denominador para la actual situación de la Iglesia católica, se ve uno obligado a usar la palabra "crisis". Al hacer esto, debe uno ser consciente de que la situación de la Iglesia católica es muy diferente en las distintas partes del mundo. Incluso en la misma Europa occidental las causas, el contenido y la orientación de la crisis difieren esencialmente de un país a otro. Hay que añadir que la crisis de las Iglesias cristianas (y no sólo de la católica) está muy ligada a la crisis del mundo occidental que, cogido entre el positivismo y las ideologías, amenaza con perder su alma, o en todo caso ha sufrido una profunda sacudida en su conciencia del valor y de la verdad. Si se quiere formular llanamente la causa de esta situación, se podría remitir a Mc 10, 25: es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja... Quien conoce el bagaje espiritual y económico del hombre occidental, no se maravillará de que el ojo de la aguja sea hoy sensiblemente más estrecho que nunca.

2) Si la causa de la crisis eclesial reside en que se han secado las reservas espirituales, está dato que la curación no se halla primariamente en iniciativas de organización. Más bien está uno obligado a abrir fuentes espirituales. Ello implica que las posibilidades de barrer la crisis por medio de la acción personal son limitadas. Lo que más urge son las iniciativas espirituales, es decir, hombres que vivan sin espasmos, con autenticidad y por tanto con fuerza irradiante, el núcleo del evangelio. Apunto a la existencia profética. Esta no se puede obtener por la fuerza (ahí está nuestra impotencia), pero sí se puede vivir orientado a ella. La profundización espiritual del ser cristiano en el individuo, el intento de un seguimiento lo más decidido posible, podrían preparar el camino para una nueva marcha.

Heinrich Schlier

Solamente un profeta con mirada penetrante podría conocer la situación actual de la Iglesia y juzgarla con verdad. Todo otro juicio es necesariamente subjetivo. Con esta reserva diré que la Iglesia me parece estar en la actualidad muy amenazada por dentro, pues la "apertura al mundo", necesaria y comprensible, ha desembocado en una apertura al fuerte espíritu del momento de hoy. La Iglesia corre el peligro de olvidar la recomendación del apóstol Pablo, "no os conforméis a este mundo". Esto se manifiesta, para no citar más que tres ejemplos, en lo siguiente. *Primero:* en el hecho de que está a punto de cortar, teórica y prácticamente con su tradición. Las tradiciones pueden y deben ser abandonadas cuando ya han cumplido su servicio. Pero actualmente la Iglesia parece abandonar el principio mismo y la praxis de la tradición, cediendo al infantil espíritu de nuestro tiempo. Esto en general es pernicioso para toda historia, pues sin una auténtica confrontación con la tradición se empobrece, más aún, se vuelve estéril. Sólo se escucha a sí misma, lo cual conduce rápidamente al tedio y a vivir de sensaciones. El rompimiento con la tradición conduce a una asfixia de la Iglesia, pues ella desde sus orígenes vive de la revelación custodiada en la tradición y ofrecida a la fe. La revelación es la que la fundamenta, y sabe que incluso su futuro sólo es captado desde el pasado presente en ella. *Segundo:* otro síntoma se halla en la tendencia a emanciparse por principio, y esto no sólo de cualquier autoridad o jerarquía, sino también del canon de la Escritura, del magisterio y del dogma. Se afirma que todo miembro de la Iglesia es un carismático, y el carisma está por encima de la jerarquía, como en la Iglesia primitiva. Consiguientemente la Iglesia no necesita de ninguna jerarquía, sino todo lo más de una

dirección empresarial. Una *tercera* señal de la creciente victoria del espíritu del tiempo sobre la Iglesia es la reducción de elementos esenciales de la fe. Me ceñiré a dos: el primero es el manifiesto pudor de hablar de Jesucristo, y la preferencia por hablar sólo de Jesús. Esto no es puramente una moda, sino que encierra una capitulación de la fe ante la ciencia histórica, la cual según sus principios sólo encuentra a "Jesús". Y este Jesús personal no es otra cosa más que "Ley", como diría Pablo, y finalmente una imagen modélica utópica. Otro ejemplo de esta reducción es la transformación de la conciencia de la Iglesia. Hoy se comprende a sí misma como una agrupación humanitaria, y no ya como la presencia de la gracia de Dios que salva a todo el mundo. Por esto se enfría el amor concreto que partiendo de la libertad del hombre conduce a los demás a esta libertad gracias a la afirmación de la salvación y el mandato del Señor.

Estos ejemplos son sólo señales, tendencias peligrosas y no resultados ni anticipaciones del futuro. Lo que la Iglesia debe hacer en esta situación, es lo que según mi opinión tiene que hacer la Iglesia en cada momento histórico, y que precisamente es lo que la sagrada escritura recomienda en casi cada página: estar atentos y vigilantes en oración. Quizá se debería acentuar en nuestra situación que a esta "vigilancia" corresponde el cesar en el tono y trono de acusador -del falso profeta- y ponernos todos nosotros, incluso en esta situación, bajo el poderoso juicio de Dios. Esto tendría una significación más concreta que todo lo demás que nosotros emprendemos.

Tradujo y extractó: FRANCISCO GALLEGÓ

Louis Althusser

Expongo aquí mi opinión que sólo compromete mis convicciones de marxista y comunista. Para comprender las grandes sacudidas que conmueven y conmoverán, cada vez más a la Iglesia católica es preciso estudiar coordinadamente el proceso histórico y el proceso teórico.

La Iglesia en occidente

La Iglesia fue una pieza clave en un modo de producción, actualmente desaparecido de occidente, el feudal. En el estado feudal, además de su poder económico, ejercía su función *ideológica* contribuyendo a "formar" la "conciencia" de los hombres, disponiéndoles a someterse al orden establecido de la sociedad clasista. Las revoluciones burguesas pusieron fin a las relaciones de producción feudal, sustituyéndolas por las de producción capitalista.

Poco antes de estas revoluciones, surge la crisis de la Reforma que era una amenaza a la unidad de la Iglesia, provocada por la mutación que establecía el gran desarrollo de las relaciones comerciales. La Reforma era un "aggiornamiento" de la Iglesia; pero no fue aceptada en todas partes y aquí la Iglesia lo combatió violentamente. No fue casualidad que la revolución francesa y su oposición a la Iglesia fuera más aguda que la revolución inglesa. La Iglesia de Francia no había sido "reformada".

La suerte de la Iglesia no fue regularizada de un golpe en Francia. La burguesía tuvo que avenirse con las fuerzas aristocráticas que sostenían a la Iglesia. A finales del siglo XIX surge la solución a propósito de la *cuestión escolar*: la escuela capitalista reemplazó a la Iglesia en su función de reproducción (ideológica) de las relaciones de producción.

Paralelamente a esta lucha que ocupaba a las clases dominantes, se desarrollaba la lucha entre las clases dominantes y el proletariado. La Iglesia, al descubrir con espanto esta realidad, promulga la "doctrina social" que ha constituido un programa reaccionario: pues miraba hacia el pasado corporativo del "bien común", criticando al capitalismo en nombre de un ideal que correspondía a un modo de producción trasnochado. A pesar de sus "enmiendas" recientes, permanece profundamente conservadora y para la clase obrera no significa nada. De ahí el "ateísmo" del mundo obrero. En este campo la partida está perdida.

El modo de producción capitalista se sirve todavía algo de la Iglesia, pero se sirve sobre todo de la escuela, como aparato de ideologización para continuar manteniendo y reproduciendo las relaciones de producción.

La Iglesia en el Tercer Mundo

Queda por analizar el que la Iglesia es "universal" y que ha logrado extender su influencia a través de inmensas partes del mundo. Pero allí (por ejemplo, América Latina) se inhíbe de otra terrible realidad: *el imperialismo*. Sin embargo, su importancia, debida a la coexistencia de modos de producción diferentes, *alguno de los cuales justifican* su función, sirve de apoyatura a las fuerzas reaccionarias de la gran propiedad, todavía fuertemente feudal.

No obstante, los contactos de la Iglesia con las masas populares y el espectáculo increíble de la miseria de tanta gente explotada y desheredada desarrollan, en ciertos ambientes religiosos, reacciones de protesta contra el "escándalo" del orden establecido y contra la alianza de la aristocracia nacional y el imperialismo americano. Una parte del clero se levanta contra el papel que le hacen jugar e incluso algunos miembros de la jerarquía se asocian a esta protesta.

Futuro de la Iglesia

El Vaticano II ha intentado un "aggiornamento" para hacer frente a una situación catastrófica (ateísmo de las clases obreras occidentales) o crítica (división en los niveles eclesiásticos). Pero el Vaticano II no puede resolver un problema que *en su fundamento no es religioso, sino de lucha de clases*.

Este problema, si puede ser *reconocido* por algunos cristianos, sacerdotes y obispos, no puede de ninguna manera ser *conocido* con el "instrumental" teórico de que dispone la tradición teológica de la Iglesia y, con mayor razón, no puede ser resuelto con *medios* que no sólo pertenecen a otra época sino que además han sido forjados para el servicio de las clases dominantes.

Me parece que la crisis de la Iglesia está en un proceso irreversible de empeoramiento. Por una parte, la decadencia del pensamiento teológico es manifiesta e irremediable. Por otra, la crisis política e ideológica es evidente, pues *no se ve cómo podría "reconvertirse", en su conjunto, al servicio de los trabajadores en la lucha de clases* desde unas estructuras y desde un largo pasado marcado por el servicio a las clases dominantes.

Por todo ello será preciso que desaparezca el mito propiamente religioso de la "comunidad de los cristianos" y de la universalidad (católica) de la Iglesia que impide el *reconocimiento y conocimiento* de la división de la sociedad en clases y la existencia de la lucha de clases.

La crisis de la Iglesia, por razón de la lucha de clases proletarias, puede desembocar en este resultado: vincular a la causa de esta lucha a los cristianos que por su posición de clase, su sensibilidad ante el sufrimiento de los "humildes" y la comprensión de sus causas, se desprenderán del mito de la "comunidad" de los creyentes.

Adriana Zarri

Estructura interna de la Iglesia

Para diagnosticar la dolencia actual de la Iglesia, empleando una fórmula esquemática, se podría decir que el concepto original de comunidad (jerárquica ciertamente) ha sido reemplazado por el de jerarquía. Prueba de ello es que "jerarquía" e "Iglesia" tengan un peso de sinonimidad. La promesa de Cristo ("Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia"), tan densa de contenido místico y carismático, ha sido interpretada según la mentalidad jurídica de los latinos, de la cual deriva la unidad del orden, de la estructura y de las leyes, en resumen, de la autoridad.

Personalmente creo que uno de los males más significativos de la Iglesia católica reside en el ejercicio concreto del primado. Mal difícil de curar por la estrecha relación entre primado y fe. Discutir las realizaciones del primado, puede significar dudar de los contenidos mismos del credo católico.

En el Vaticano reina una fuerte psicosis de justificación del pasado contra la acusación de totalitarismo papal. El criterio moral decisivo parece ser el de "dar la razón al Papa". *L'Osservatore Romano*, a propósito de la *Humanae Vitae*, publicaba páginas y más páginas de adhesiones "espontáneas" más o menos solicitadas, sin hacer mención alguna de los documentos episcopales en los que la aceptación no era tan total. Actitud más política que evangélica, honesta y sincera, imposible de aceptar por la conciencia cristiana.

La reacción y su contradicción

La reacción, desgraciadamente, traspasa los límites poniendo en duda la validez de la misma autoridad y estructura, deseando una Iglesia desencarnada, tan contraria a la imagen de esa Iglesia comprometida que se predica en nuestros días. He ahí una de las numerosas contradicciones de esta época compleja y problemática. Mientras que por un

lado se es radical frente al "sobrenaturalismo", por otro no se perciben las implicaciones "sobrenaturalistas" de la polémica contra la estructura. Cuando la Iglesia estaba impregnada de angelismo, no percibía la contradicción existente entre esta actitud y sus estructuras, muy comprometidas con el orden temporal. La antigua contradicción se ha invertido en la contestación moderna. Aquí aparece el síntoma que revela el clima polémico y dialéctico en el que nacen nuestras posiciones cuando todavía no han sido profundizadas.

Crear y recrear un equilibrio, siempre móvil, entre estructura y espontaneidad, autoridad y libertad, significa obedecer a las leyes de la encarnación, sin mortificar el espíritu y sin eliminar la carne. Sería grave que mientras reaccionamos contra un maniqueísmo psicológico, cayéramos en un maniqueísmo sociológico en el plano de las estructuras. Si la estructura es siempre pobre y relativa (y por ello en reforma sin cesar), es precisamente porque es humana y la Iglesia no puede ni quiere dispensarse de esta condición.

Subyacente a esta tensión está la dialéctica entre encarnación y escatología. Dialéctica que jamás será resuelta y que debe ser aplicada sin cesar a situaciones inéditas que requieren nuestra creatividad humana y cristiana.

Jacques Chatagner

Iglesia sufriente e interpretaciones

Cuando se han conocido los largos años preconciliares, sorprende la agitación que reina hoy en la Iglesia. *Francia país de misión* no data de 1968, sino de 1943. La hemorragia silenciosa que hace marchar con frecuencia a los mejores no es nueva. Cualesquiera que sean las decepciones del post-concilio, permanece una esperanza que no existía en 1954 en medio de la angustiosa tempestad. Entonces, ¿por qué esas palabras tan inquietantes de Pablo VI llegando a evocar la posibilidad de un cisma?

Sin duda, porque lo que había sido proclamado hace veinte años, por una pequeña minoría, es dicho hoy, no por mayorías, pero sí por núcleos significantes. Cuando una misma interpelación surge no sólo de occidente, sino también del Tercer Mundo: América, África... donde no por ser menos pública es menos dramática; cuando esta interpelación no se puede interpretar fácilmente como obra de ciertos "progresistas", porque realmente embarga a muchedumbre de laicos, sacerdotes, religiosos y obispos; entonces resulta difícil querer explicarlo todo como la acción de unos agitadores a sueldo de Moscú o Pekín, o, lo que es peor, como el fruto de algunos intelectuales que inventan problemas intranquilizando y sembrando el desorden por espíritu sistemático de destrucción.

Sin embargo, ésta es la interpretación que parecen implicar numerosas frases de Paulo VI cuando, a propósito de los "contestarios", evoca este espíritu de crítica negativa y habitual que los ha "vaciado del amor apostólico", o más recientemente, "el abandono, el escándalo de ciertos eclesiásticos que crucifican hoy a la Iglesia". Dramático malentendido. Pues si el condicionamiento social crea profundas divisiones y desgarros, una misma fe en Jesús y su palabra debería evitar, al menos, una tal incomprensión.

Dos objetos de la contestación

La interpelación que surge de todos los rincones del mundo viene de la constatación de un hecho evidente: Jesucristo es ignorado por la mayoría de los hombres, en particular por los jóvenes; la Iglesia es tenida como una de las apoyaturas esenciales de la injusticia social. Constatación hecha desde la óptica del mundo, en cuyo favor existe la Iglesia. Esto puede ser duro, pero es saludable.

Asimismo, la interpelación viene del rechazo en aceptar esta nueva muerte de Jesucristo, deseando testimoniar contra toda verosimilitud que sólo él puede totalmente liberar al hombre y que la Iglesia es uno de los lugares de esta liberación. Afirmación tan loca y escandalosa como la de Pablo en Grecia, en un mundo que sólo conoce una caricatura. Denunciar esta caricatura es el objeto esencial de la contestación. Esto no es destruir, sino recrear las condiciones de un encuentro y volver a hacer de la Iglesia lo que ella es: el sacramento de la salvación del mundo.

Dificultad frente a la Iglesia de Jesucristo

Esta relación Jesucristo-Iglesia, cuando el Concilio parecía haberla hecho verosímil, aparece hoy de nuevo objeto de duda. John A. T. Robinson escribe: "...¿Puede ser ella (la Iglesia) el vehículo de la nueva vida?... ¿Será ella necesariamente el lazo del Espíritu? Los movimientos de renovación, verdaderamente significativos, ¿no pueden acaecer fuera de ella y, más aún, a pesar de ella? En nuestra generación son muchos, más que en cualquier otro siglo precedente, los que se verán impelidos a responder un sí dubitativo y aun menos que dubitativo a esta pregunta". Cuestión peligrosa, pues toca un punto importante de la fe. Creer en Jesucristo es también creer en su Iglesia. Pero, ¿por qué esta duda? De hecho, en medio de la contestación, a través de posiciones discutibles, se encuentra una impaciencia legítima: la de los más jóvenes que no habiendo conocido el pasado, son más exigentes y miden, tal vez mejor que nosotros, la poquedad y la dramática lentitud de ciertos cambios frente a un mundo que avanza cada vez más rápido. Más aún, el Concilio y la decepción que le acompaña ha hecho surgir graves preguntas: ¿puede desprenderse la Iglesia de la ganga que la envuelve y volver a ser el signo que debe ser para la humanidad? La conversión que debe realizar para ser en verdad la Iglesia de los pobres, ¿es capaz de realizarla?, ¿podrá llevarla a cabo antes de que se consumen las rupturas?, ¿cómo borrar los diecisiete siglos de "poder", que es preciso arrancar para volver a los orígenes?

Dificultad frente al lenguaje de la fe

A esta labor "sobrehumana" se añade otra igualmente difícil y decisiva: reinventar el lenguaje de la fe para que vuelva a tener sentido. "Una teología que a cada instante y a cada paso no piense en el incrédulo de hoy, que no sea capaz de pensar con su mentalidad, a la larga es incapaz e impotente para servir al mensaje evangélico como debiera", decía el P. Rahner al poco tiempo del Concilio. ¿Cómo no interrogarse cuando uno ve que los teólogos más aptos para cumplir con esta exigencia son molestados en su difícil labor, mientras que al concluir el "año de la fe" se reafirma el credo en su forma más tradicional y se proclaman como "irreformables" las fórmulas dogmáticas?

Un momento decisivo

A la luz de estos interrogantes y de estas dudas es como hay que comprender la violencia de los enfrentamientos. Se puede continuar contemplando la historia desde lo alto y predicar la paciencia, pero los que están abajo no pueden aguantar más. Saben que las ocasiones perdidas no se recuperan y responden a los hechos con hechos. Nacen nuevas comunidades: ¿permanecerán en tensión fecunda con las viejas o serán el germen de una nueva Iglesia?

Sí, hay una crisis en la Iglesia. Nacida más de las contradicciones interiores, que de un desafío lanzado desde el mundo. Contradicciones que superan con mucho la legítima diversidad de un mismo contenido de la fe, al menos en cuanto a sus múltiples expresiones en el plano del lenguaje, de la vida, de la acción. Contradicciones que expresan concepciones del hombre y de la sociedad radicalmente diversas. Llega un momento decisivo para la Iglesia: ¿dónde y cómo reconstruir una unidad verdadera?

Notas:

¹ Estando en prensa este número de SELECCIONES DE TEOLOGIA, la revista Misión Abierta ha publicado su número de marzo dedicado todo él a una encuesta sobre las «exigencias de la conversión al Evangelio hoy y en España.. Un ejemplo más que añadir a los mentados en el texto. Puede verse también la «mesa redonda» que en 1971 dedicó la revista Esprit al momento actual de la Iglesia (Una Iglesia sin fronteras; Conflicto y comunión, pp. 527-576) y a las comunidades de base (pp. 651-68).

Tradujo y extractó: TOMÁS ADMETLLA